LOLAS



(*Por Luis Bruschtein*) Pechito argentino le decían. Y cuando no le decían, tragaba el aire hasta hacerlos crecer como el famoso zapallo de Macedonio Fernández. Otra forma de hacerlos crecer era mirarlos de cerca. Uno se acercaba, supongamos desde unos cinco metros, con lentitud y la vista puesta en el profundo surco del medio y los dos melones crecían hasta ocupar aproximadamente el 90 por ciento del universo conocido. Crecían hasta el punto que uno podía pensar que era lo único que existía, que las dos tibias e impresionantes protuberancias habían absorbido la humanidad, los edificios, los trenes, el cielo, las nubes, los planetas. Tendríamos unos catorce años y la Pechito Argentino era la hermana mayor del Mono Bordieu. Con el Mono, Danielito Godzinsky, el colorado Lombardi y Tuti Aznar formábamos un desprendimiento menor de la barra de Cabildo, en Morón. Vaya a saber por qué razón se nos había metido en la cabeza ese cuento de Macedonio Fernández donde el mundo era deglutido por un zapallo. Éramos rebeldes, un equivalente al punky de ahora, y nos parecía que la metáfora del zapallo encajaba de maravillas con nuestra visión despectiva del mundo. Debatíamos sobre Macedonio, al que llamábamos "maestro", y tratábamos de expulgar, frase por frase, los significados recónditos del texto. De más está decir que la afición creció a límites excitantes cuando descubrimos el símil extraordinario entre el zapallo de Macedonio y la Pechito. Usábamos para nuestras experiencias científico-filosóficas un claro en medio del potrero que estaba en la esquina de Cabildo y Larrea. Las discusiones interminables sobre el "maestro" se mechaban con comprobaciones prácticas gracias a la Pechito. Con el método del "acercamiento progresivo" podíamos ver crecer y crecer a nuestros equivalentes del zapallo macedónico. También se podía hacer una combinación de sistemas y cuando los ojos, casi bizcos ya, rozaban la piel, pedíamos: "Ahora tragá aire, Pechito" y así seguían creciendo y nos mareábamos con la suavidad y el perfume caliente y espeso de las dos grandes lolas. No he vuelto a ver al Mono ni a Danielito, al Colorado ni al Tuti. Que yo sepa, ninguno de nosotros se dedicó a las letras y, sin embargo, creo que nadie nos podrá discutir el significativo aporte que hicimos en ese campo. Es cierto que ese grupo no trascendió con grandes cuentos o novelas, ni como teóricos o críticos, pero sin duda fuimos precursores o, por lo menos, impulsores entusiastas de un género que más tarde haría estragos: la paja literaria.

"Jamás duran los bellos pensamientos ni las mujeres bellas"
C. Bukowski.

Esta historia de amor nació hace cuatro años en el barrio de Núñez.

Gustavo salía con una mina llamada Valerie. Sus padres, descendientes de una acaudalada familia de origen europeo, habían intentado educarla de manera liberal con la mejor intención. Pero ella era un desastre: como consecuencia de tres intentos de suicidio tenía cicatrices en las muñecas y era inmune al Valium por sobredosis reiteradas; tampoco le hacía efecto el Lexotanil, epílogo de esas largas noches de cocaína que representaban, en aquel entonces, la mitad de las noches de su vida; bebía bastante, fumaba como un escuerzo, no hacía absolutamente nada con su vida, y además no era muy buena persona. Bueno, la verdad es que Gustavo tampoco era una maravilla, pero no se merecía eso.

Una madrugada ella lo llamó por teléfono. Estaba sola en su casa del barrio de Núñez, borracha y medio estúpida después de haberse clavado varias pastillas que evidentemente no eran Valium ni Lexotanil. Amenazaba con suicidarse.

–¡Te digo que esta vez va en serio! La cuarta es la vencida.

Gustavo realmente pensó en mandarla a cagar, pero como era un buen tipo y tenía cierta conciencia, cedió. Se subió a un taxi y apareció en la casa de ella veinte minutos después.

La noche terminó sin muertos, pero sí con algunos moretones: en las piernas y los antebrazos de él, y en la cara de ella. Fue la última vez que se vieron. Al día siguiente Gustavo decidió que había tenido suficiente enfermedad para su corta edad. Compró un pasaje de avión a París y huyó de Buenos Aires para desintoxicarse la cabeza.

A los dos días, caminando por el Barrio Latino, ya se sentía otro: vivo y feliz. Paró para cenar en un restorán griego de la calle Saint André des Arts. El mozo era un gordito simpático que al verlo solo se sentó en su mesa para darle charla. Durante una hora le estuvo hablando de las maravillas de Grecia. –De acuerdo, suficiente, me convenciste –cerró la conversación Gustavo en dudoso francés, y pidió la cuenta.

Días después zarpaba desde el puerto de Atenas en un crucero por el mar Egeo. Esa noche fue al bar de proa a tomar una cerveza. Melina estaba detrás de la barra, preparando un Bloody Mary.

Si existe el amor a primera vista, aquel encuentro fue la prueba indudable. Se quedaron hipnotizados mirándose fijo a los ojos el uno al otro, como si se conocieran de otra vida. A partir de entonces no se despegaron ni un minuto.

A los veinte días Gustavo tuvo que regresar a Buenos Aires; se le vencía el pasaje, y se le había acabado la plata. Además tenía una muy buena razón para volver: Buenos Aires representaba por el momento la única posibilidad de seguir manteniendo ese nuevo amor, al menos físicamente.

El oficio de productor artístico en grabaciones discográficas no era ninguna ciencia en Argentina, sin embargo eran contados los que podían ocupar el puesto. Gustavo reunía las condiciones: un tipo experimentado en el estudio, con gran poder de decisión, buen músico y arreglador. El trabajo no daba para hacerse rico, pero le permitía ganarse unos buenos pesos extra.

Ocho meses después volvió a Grecia a encontrarse con Melina. Pasaron un mes inolvidable viajando por la zona del Peloponeso.

El primer día de otoño del '88 pisó nuevamente Buenos Aires. Aquel mes de marzo daba comienzo a la peor crisis económica de las últimas décadas. La nueva realidad argentina lo sacudió como un baldazo de agua fría.

–Con el arte no se come; nunca lo olvides. Se vienen tiempos duros, y quién sabe hasta cuándo va a durar esto. Mejor acostumbrate a la idea, Gustavito –lo recibió Jorge Gaviría, presidente del sello discográfico, cuando se reunieron para hablar de trabajo.

–¡Qué cagada, che! ¿Para tanto es?

–Mirá: estos guachos lo venían tapando, pero ya se les fue de las manos. Además, la cosa está tan mal, que aunque tuviéramos a quién venderle los discos, igual no los podríamos fabricar. Falta acetato; los proveedores lo están guardando hasta que el dólar se estabilice.

–Las delicias de vivir en Argentina.

–Sí, las delicias... Bueno, Gustavito, te dejo. Buena suerte.

Gustavo bajaba por el ascensor con cara de odio. "Mierda. Puta carajo", refunfuñó, pensando más que nada en lo lejos que estaba de su amor mediterráneo.

Los meses siguientes fueron realmente duros: un poco de trabajo mal pago como músico de sesión, y una sola producción que fue a hacer a Chile. Apenas como para tirar. El verano se pronosticaba como el peor de su vida. Extrañaba terriblemente a Melina y no tenía ninguna posibilidad de viajar. Además tenía serios problemas para pagar la cuenta del teléfono, abultadísima por tantos llamados a Atenas.

Una mañana se despertó con la cabeza despejada y las ideas claras. Recordó un verso de una canción que él mismo había producido dos años antes: "El tiempo pasa rápido, y se vive una sola vez".

"¿Pero que mierda estoy haciendo acá, penando?", se dijo. Manoteó el auricular del teléfono que dormía sobre la mesa de luz. Llamó a la dueña del departamento. Le pidió la rescisión inmediata del contrato de alquiler, mientras se levantaba de la cama. Se vistió, bajó y cargó en un taxi su teclado Ensoniq, lo último que le quedaba por vender. Entró a un negocio de la calle Talcahuano y lo empeñó. Le dieron mil trescientos dólares. Dinero en mano, fue a las oficinas de Líneas Aéreas Paraguayas y compró por ochocientos dólares un pasaje a Madrid.

Se tomó el resto del día para meditar acerca de sus posibilidades con la mayor sangre fría. Quinientos dólares no era un gran capital, menos aún en Europa. Dedicó la mañana siguiente a buscar relaciones en el Viejo Continente; *determinadas relaciones*. Hizo unas cuantas llamadas. Por el momento todo venía saliendo bien. Esperó hasta el mediodía para caer en lo de su viejo puntero, sin avisar. Como precaución se guardó doscientos dólares; invirtió los trescientos restantes.

Sólo se tomó una pequeña raya, lo mínimo indispensable como para tener cierta idea de cuánto corte tenía la merca. Más tarde, en su casa, prensó los quince gramos del polvo cristaloso y lo metió dentro de un profiláctico desenrollado. Le hizo un nudo y lo dio vuelta sobre sí mismo. Cerró la doble envoltura con otro nudo. Abrió un tubo de dentífrico Kolinos por atrás, le sacó la mitad de la pasta y en su lugar ubicó el paquetito. Volvió a cerrar el extremo, cuidándose de doblar el plomo de tal forma que no quedasen rastros de la operación. Después apretó un poco el tubo con la tapita abierta, para que pareciera usado.

A los dos días llegó al aeropuerto madrileño de Barajas. De ahí fue directamente a la estación terminal de trenes. Sacó un pasaje a París en clase turista y se sentó en un banco de madera a esperar pacientemente la salida del tren.

La mañana siguiente se hospedó en un hotelucho en la parte alta de la rue de Saint Denis, más conocida como "la calle de las putas".

Caroline había sido novia de Martín, un gran amigo de Gustavo. Ella hablaba fluidamente español gracias a una larga temporada de vivir en Argentina.

–¿Gustavo? ¿Qué hacés por aquí?

–Ya vas a ver, ya vas a ver. Bueno... ¿nos vemos esta noche? Invitame hoy a comer, y yo te invito mañana...

–Sí, claro. ¿Conoces Les Halles? Está cerca de tu hotel.

–Oui. Bien sur!

–En la puerta que da a Saint Denis, a las nueve. No me hagas esperar, que hace frío. ¿O.K.?

–Todo bien. Au revoir!

París nevado era un lugar hermoso. Caroline lo llevó a un restorán argelino a comer couscous, un plato típico norafricano bien picante. Mientras comían Gustavo le contó toda su his-

Guarro de cuidado y as de la música publicitaria, Javier Calamaro debutó hace poco en las carreteras de la ficción con *Mi amigo Jack* (Editora AC). Un volumen de relatos donde la crueldad se lleva bien con la carcajada nerviosa y se van a tomar algo –después de todo el *Jack* del título alude a la siempre fiel petaca de Jack Daniels– con una prosa seca y eficaz que no da lugar a malos entendidos. El cuento que aquí se presenta –la dura saga de un argentino feliz y descarrilado por el mundo– es, como bien precisa el autor, "una historia de amor". Y punto. Mentalidades sensibles abstenerse. O no.





Por Javier Calamaro

TODO amor

toria de amor desde el principio. Después, le dijo cómo pensaba bancarse el viaje.

–No hay problema, mon amour. Para eso están los amigos –respondió Caroline con una sonrisa. Y le echó una mirada tan profunda, que inmediatamente la delató. "Esta mina está recaliente por cogerme", pensó Gustavo, seguro de su intuición masculina.

Afuera, en la calle, hacía casi diez grados bajo cero; no pasaba ningún taxi. Ella le tomó la mano y sin mirarlo lo llevó por las calles del Quartier Latin. Sin detenerse, giró la cara para verlo a los ojos.

–Hace frío, ¿no? Te voy a llevar a un lugar calentito.

Doblaron por el Boulevard St. Michel y entraron a un hotel sin marcas en la puerta. Gustavo tenía sus dudas, pero igual no opuso gran resistencia. El polvo fue fugaz y completamente desapasionado.

Al otro día se despertaron como si nada. Ella lo citó a las cuatro en lo de Jean Claude, un amigo; le anotó la dirección en un papel y se fue. De camino al hotel Gustavo paró en una farmacia y compró un complemento para deportistas hecho en base a glucosa, de apariencia similar a la del polvo que descansaba dentro del tubo de Kolinos.

"Quince de merca más diez de corte son dos mil quinientos dólares. ¡Total, estos europeos giles se toman cada mierda...!", pensó mientras hacía la mezcla sobre un plato prestado por el conserje.

Miró con atención la montañita blanca sobre el plato, y recordó una escena de *Scarface*: Pacino excitadísimo frente a otra montañita blanca, más grande. Sonrió. "Eso sólo pasa en las películas". Sacó del bolsillo su último billete –veinte francos– y lo enrolló. Se tomó parte de una ladera de la montaña. "Bueno, es puro corte de Glucolín. Capaz que hace bien y todo." Acercó el billete al polvo y se tomó el pie del cerro. Se sentía bien, realmente bien.

A las cuatro menos cinco llegó a lo de Jean Claude. Caroline todavía no había llegado. Subió y tocó el timbre. Jean Claude y su mujer eran gente de lo más agradable. Vivían en un departamento lindo y cálido, decorado estilo hindú.

Ni bien entró, Gustavo vio una mesa ratona. Se acercó, abrió una cajita que traía en el bolsillo de la campera y desparramó una generosa porción de merca. Manoteó una antigua boquilla de marfil que adornaba una vitrina, separó una raya y se la tomó. Después le extendió la boquilla a Jean Claude, invitándolo a hacer lo propio. Esto no les cayó muy bien al francés y a su mujer. Se quedaron duros, mirándolo. En ese momento sonó el timbre.

La llegada de Caroline distendió inmediatamente el clima tenso que Gustavo había creado en dos minutos. Después de los saludos dirigió la mirada hacia el argentino. Su imagen le pareció algo patética para esa hora de la tarde. Hablando en español para que sus amigos no pudieran entender, le dijo con cinismo: "No estás en Buenos Aires". Gustavo captó el mensaje y decidió acabar pronto con ese asunto.

–¿Cuántos?

–Cinco.

–Okey. Quinientos dólares.

Mientras se metía los billetes en el bolsillo recordó otra escena de *Scarface*: Pacino vaciando una bolsa marinera llena de billetes en la caja de seguridad del banco. Se fue, solo.

Más tarde llamó a Caroline. Ella no se sintió demasiado feliz de oír su voz. Se limitó a darle los datos que él le pedía, lo más brevemente posible.

–Mira, aquí te paso el teléfono de mi amigo Gérard, también músico; luego el de François, mi ex marido que vive en Zürich, Suiza, así puedes seguir viaje.

Gérard era jinglero. Cuando Gustavo apareció en su estudio, un viejo caserón cerca de la Place de la Fontaine, él estaba musicalizando un comercial de una gaseosa. Lo hizo esperar unos veinte minutos en la antesala antes de dejarlo pasar, con modales ligeramente pedantes y desagradables. Por alguna razón que Gustavo nunca entendió, Gérard le habló todo el tiempo en inglés.

–Okey. Let's taste it.

"Por lo menos, vamos directo al grano", pensó el porteño.

–Mmhhh... Good stuff, man. Really!

"Pero qué tipo imbécil", volvió a pensar Gustavo. Cinco más.

Con la luca en un bolsillo y la bolsa en el otro Gustavo se olvidó un rato de la griega.

Dos días con sus noches festejó sin parar: disco, raya, champán, puterío, raya, whisky, disco, raya, vodka, puterío, raya... Hasta que llegó al aeropuerto De Gaulle y tomó un avión a Suiza.

François le cayó bastante bien. No le dio un dólar, pero lo invitó a quedarse un par de días en su casa. Tenía muchos amigos que, dentro de lo que Gustavo era capaz de apreciar en ese momento, le resultaban simpáticos. Durante sus dos días de permanencia hicieron dos fiestas, que tal vez fue una fiesta larga. Después logró dormir cuatro horas seguidas.

Lo despertó Andrea, un italiano que en algún momento nebuloso lo había convencido de seguir su viaje a Roma por vía terrestre. El tano, acoplado de prepo a la travesía del porteño, ahora estaba acompañado por una suiza con la cual en ningún momento Gustavo logró mantener un diálogo coherente, cosa que no le importó en absoluto. Los tres tomaron el tren a Roma, camarote y mozo incluido.

Durante algunas horas –ninguno supo cuántas– los tres permanecieron encerrados en el camarote, hablando enfervorizados sin tomar respiro,excepto para abrirle la puerta al mozo que venía cada tanto con los tragos. En ningún momento nadie escuchó lo que decían los otros. Cuando el tren entraba a la estación de Roma los tres se cruzaron en un violento entredicho sin el menor sentido. Terminaron puteándose sobre el andén, en tres idiomas distintos.

Gustavo anduvo vagando por la ciudad sin rumbo fijo hasta que se hizo de noche. Entonces se acordó del motivo por el cual estaba en Europa. Se subió a un taxi.

–Al aeropuerto –dijo rápidamente en español.

El chofer le respondió en italiano que no entendía lo que le hablaban.

–Aeropuerto, hijo de puta, AEROPERTO, A-E-RO-PUER-TO, ¡BOLUDO! FIUIUUU. -gritaba el argentino haciendo ademanes y tratando de imitar a un avión con gestos y sonidos.

En Atenas el clima era cálido, corría una brisa suave y había un sol radiante. Precisamente era el sol lo que enfureció a Gustavo, que tampoco había pegado un ojo durante las horas de espera en el aeropuerto romano. Su aspecto era de lo más desagradable y además olía asquerosamente.

Apareció sin avisar en la casa de Melina, que vivía con sus padres. Pateó la puerta hasta que la madre se acercó a abrir. Ella era una señora agradable y simple, rondaba los cincuenta, y sólo hablaba griego. Al verlo gritó espantada, tal vez creyendo que se trataba de un ladrón asesino violador; pero enseguida lo reconoció. Se acercó a saludarlo, pero él ni pelota. "Permiso", dijo; pasó a la sala y se sentó en la mesa del comedor, como si estuviese solo y en su casa. Sacó del bolsillo de la camisa el último gramo que le quedaba y lo desparramó sobre la mesa. Sacó del bolsillo del pantalón el último billete que le quedaba y comenzó a enrollarlo.

La señora, desesperada, llamó a Melina a las oficinas de la compañía naviera, donde la habían transferido algunos meses antes.

Cuando se desató el escándalo familiar, con Melina ya dentro de la casa y el padre en camino, Gustavo no participó. Simplemente se limitó a ser el blanco silencioso de los gritos e insultos, ignorando por completo la situación. Vació tranquilamente un cigarrillo hasta la mitad. Le quitó el filtro, metió dentro lo que quedaba del polvo blanco y lo prendió. Aspiró profundamente y mantuvo el humo en los pulmones todo lo que pudo. Se paró y se fue en silencio. Anduvo dos cuadras hasta encontrar un puesto telefónico. Llamó a Valerie por cobrar.

–Hola, mi amor... –balbuceó.

Ella le dijo que lo esperaba en Buenos Aires, con los brazos abiertos.

Se reproduce aquí por gentileza del autor y de Editora AC.



Resumen: *El narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente en su mano izquierda mutilada para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio se comunica con el Buenos Aires subterráneo de donde emerge como Catcher, agente de Magia. Ahora anda detrás del siniestro Paredón, de Bowie, y ha atrapado a un cómplice.*

24 SOUL BUILDING

Catcher llegó a la iglesia de Nuestra Señora de las Catacumbas durante un bautismo. Los parientes del niñito rodeaban a la madrina y al cura que leía las oraciones junto a la pila ubicada a un costado de la entrada. No le prestaron atención cuando se sacó los guantes, se persignó velozmente y salió de la insinuada genuflexión con paso veloz hacia el fondo de la nave. El altar estaba en penumbras –toda la iglesia lo estaba– y sólo una velita avisaba de la redundante presencia de Cristo en el sagrario.

Catcher descendió por la escalera lateral que conducía al simulacro de santuario que justificaba la invocación de la virgen que daba el nombre a la parroquia. Allí estaba más oscuro aún. Las paredes imitaban la tosquedad rocosa, propiciaban nichos donde imágenes y módicas reliquias apolilladas y aparentemente seculares esperaban devoción en vano. Catcher tropezó con un reclinatorio y se aproximó al pequeño altar que ocupaba el centro de la pared más lejana de la gruta, rodeado por un semicírculo de imágenes. Pasó detrás de la mesa sagrada e, inclinándose, colocó el terminal en el ojo de un demonio abatido bajo el pie de un santo indeterminado pero eficaz.

La pared se abrió a una escalera que bajaba aún más.

Catcher respiró hondo y salió por el hueco que se cerró a sus espaldas.

Siempre los primeros segundos de la transición eran duros. Sentí como si el cuerpo se me encogiera bajo la piel, que algo retrocedía dentro de mí. Pero no me detuve siquiera. Me saqué y me puse lo necesario y seguí adelante. Si quería aprovechar los pasos ya dados había que andar rápido.

La red subterránea, a esa altura, después de una veintena de escalones que me alejaron de la gruta, se hacía fácil y a menudo espaciosa. Después de medio kilómetro de cloaca hacia el centro viré con rumbo norte: estuve detenido quince minutos esperando que se hiciera accesible una cámara de Telefónica y a partir de allí sí me tuve que encorvar al máximo para pasar bajo el tren por un túnel original pero estrecho que se ampliaba recién al otro lado.

Eran casi las cinco cuando alcancé la Emergencia que buscaba. La gama luminosa respondió que sí y sólo me restó poner y sacar lo adecuado antes de colocar el terminal bajo la E amarilla. La luz fría corrió como pólvora encendida dentro de mí mientras la puerta ventana de vidrio metálico se deslizaba en silencio.

Salí como tironeado por la oscuridad.

Catcher levantó la tapa y reconoció el profundo olor a grasa.

Grasa, nafta, combustión, trapos empapados en aceite oscuro. Los azulejos del foso eran probablemente lo más sucio de todo el taller. Se colocó los guantes de trabajo y salió sin esfuerzo de abajo del Duna. La cortina metálica baja dejaba pasar algo del sol de la tarde y muchos de los ruidos de la avenida. Había, ya casi no los recordaba, dos autos más: un viejo Torino blanco dos puertas impecable que esperaba con el capot levantado que alguien le hiciera cosquillas en el carburador, y un Sierra menos averiado de lo que parecía, con la trompa marcada todavía por la pintura del colectivo que se había comido durante la andanza anterior.

Catcher fue hasta la precaria oficina del fondo, junto al baño, y se sentó ante el escritorio. Hizo a un lado los papeles, verificó que el antiguo aparato negro y pesado tuviera tono y discó el número de Arnold Body Building. Atendió alguien que no era la chica:

–Con Pandolfi, por favor –dijo Catcher sin esperar nada.

Hubo una vacilación del otro lado.

–¿Quién le habla? –dijo el otro ya con instrucciones.

–La policía.

Ahora la pausa fue mayor.

–Hola... ¿quién habla? –dijo otra voz.

–La policía. ¿Señor Pandolfi?

–Sí, ¿pero quién es el que habla?

Catcher se rió fuerte:

–Oficial Matute, Pandolfi...

–¿Quién?

Catcher volvió a reír.

–¿No me reconocés? Estuve este mediodía en tu negocio pero no estabas. Me llevé algunas cosas. Quise explicarle a la piba que el asunto no es con vos sino con ese hijo de puta.

–No sé de qué me habla.

–Tengo uno que va a hablar –dijo Catcher casi encima y sin énfasis.

–Da la cara, hijo de puta –se crispó el otro.

–Dejé una tarjeta: ¿a qué hora vas a venir?

–Ya sabemos que es trucha: da la cara.

–No es trucha: llamá.

Catcher colgó.

Antes de los diez segundos el teléfono sonó. Atendió:

–¿Viste?

El otro gruñó:

–Dame la dirección.

–Es ésa: Soul Building. A las seis. Solo. Y no es con vos...

Catcher cortó la comunicación. Encendió las luces, la radio en la Rock & Pop y apartó la lona sucia que cubría un bulto voluminoso, a un costado. La Harley lo esperaba con la quietud amenazante de un bicho antediluviano después de un sueño de milenios. La pateó dos veces y el monstruo respondió con humo, bufidos y ronroneo sólido. La apagó.

Fue al frente y levantó la cortina de a tirones vigorosos de cadena. La luz de la tarde lo encegueció apenas. El kiosquero se asomó desde detrás de las revistas colgadas y se saludaron con la mano.

Sacó el Torino, lo atravesó en la vereda y le escribió, con aerosol, "Soul Building" en la puerta. Después volvió al fondo y se sentó a tomar mate, a esperar.

Martes 7.
25 Grasa.

En la edición de ayer, por un error técnico fue repetida la historia del jueves 2.

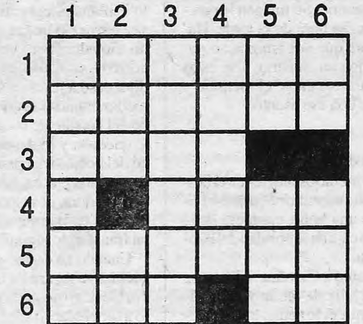
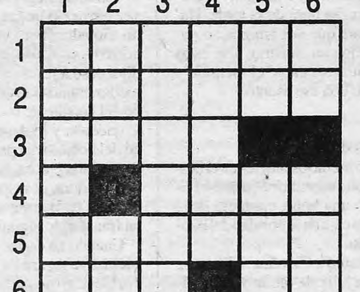


¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Minado.
2. Evitan.
3. Dome.
4. Loan.
5. Retumbó.
6. Esa./ Ra.

VERTICALES
1. Redoma.
2. Leo./ Se.
3. Medusa.
4. Dolió.
5. En./ Nao.
6. Na./ Ron.

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

TIRO	COLON
BALA	PALOS

Escaleras
A. Tiro, tilo, talo, tala, bala. B. Colon, Solon, salon, galon, galos, Palos.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

435
128 · 91
34 · 20
15
9
0

435							
236	199						
128	108	91					
67	61	47	44				
33	34	27	20	24			
15	18	16	11	9	15		
6	9	9	7	4	5	10	
3	3	6	3	4	0	5	5

¿Anagrama o sinónimo?

D	O	M	I	N	A
E	L	U	D	E	N
M	E	D	O	■	■
O	■	A	L	O	N
R	E	S	O	N	O
A	S	E	■	A	R

CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Ríos.
1. Dnieper — A. Polonia
2. Vístula — B. Rusia
3. Loria — C. España
4. Duero — D. Francia

Cine
1. "Mefisto" — A. István Szabó
2. "Amadeus" — B. Milos Forman
3. "Danton" — C. A. Wajda
4. "Fitzcarraldo" — D. W. Herzog

Mitad y mitad
1. Sátiro — A. Hombre y caballo
2. Minotauro — B. Mujer y pez
3. Centauro — C. Toro y hombre
4. Sirena — D. Hombre y cabra

Quién gobierna
1. Plutocracia — A. El rey
2. Democracia — B. Los ancianos
3. Gerontocracia — C. Los ricos
4. Monarquía — D. El pueblo

Correspondencias
Ríos: 1-B, 2-A, 3-D, 4-C. Cine: 1-A, 2-B, 3-C, 4-D. Mitad y mitad: 1-D, 2-C, 3-A, 4-B. Quién gobierna: 1-C, 2-D, 3-B, 4-A.